



OSORIO, Oscar, *El cronista y el espejo*, Cali, Ediciones Botella y Luna. 2008. 131 pp. ISBN 978-958-8428-02-4

**José Manuel Torres Torres**  
(Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile)

Oscar Osorio es profesor de la Universidad del Valle, Cali, Colombia. Actualmente desarrolla estudios de doctorado en CUNY Graduate Center de New York. Ha publicado diversos artículos en revistas especializadas de Colombia y Estados Unidos. Además, los siguientes libros: *La balada del sicario y otros infaustos* (2002), *Historia de una pájara sin alas* (2003), *La mirada de los condenados* (2003), *Polifonía* (2004), *Violencia y marginalidad en la literatura hispanoamericana* (2005), *Hechicerías* (2008), *El cronista y el espejo* (2008), novela que gana el XXXII Premio Cacéres de Novela Corta, cuya primera edición corresponde a la Institución Cultural El Brocense de España.

En la década del setenta aparece el narcotráfico como un elemento que modifica el transcurso de la historia del país, ya no es un enfrentamiento de partidos políticos el que opone a los colombianos, sino un dominio que corroe y daña todas las partes del tejido social y pone en crisis la estabilidad misma de la nación. Aparece una nueva violencia que se encuentra en distintos lugares, que provoca incertidumbre y desesperanza en el campo y la ciudad. El fenómeno con el correr de los años ha sido objeto de importante representación artística. En el caso de la Literatura, a través de la producción de novelas, cuentos y testimonios, que aproximan al lector a la comprensión del drama, tanto en lo colectivo como en lo individual, a la reflexión, al reconocimiento de un conjunto de subjetividades que proviene del sentido polisémico del discurso narrativo. De esta manera se (re)construye la historia y se ejerce el derecho de memoria, tantas veces negado desde los discursos hegemónicos del poder.

*El cronista y el espejo* es una novela que se inscribe en esa dirección. La diégesis se configura a partir de un conjunto de elementos comunes que tienen los personajes protagonistas, Óskar Alexis y Nebrio, que paulatinamente se descubren en el decurso de la narración. Ellos tienen un punto de origen marcado por la violencia, el padre de Nebrio ha asesinado al de Óskar cuando eran niños. Ambos personajes tienen en común

compartir el mismo lugar de infancia, entrambos quedan huérfanos tempranamente, sus padres son ultimados, los dos se van del pueblo y llegan a la misma ciudad, el uno y el otro deciden estudiar literatura y tienen el gusto por la poesía, ambos tienen vinculación con la droga. Uno es un frío miembro del narcotráfico y el otro es absorbido por el consumo de cocaína. El mérito de la construcción de este paralelo que elabora Osorio radica en establecer dos puntos de vista, que en un principio son dispares, pero que al final confluyen en un mismo signo: el deterioro de los personajes como víctimas del narcotráfico.

La presencia femenina constituye un aporte interesante en la novela. Los dos personajes están en las antípodas de la sociedad. Marcela, la novia de Óskar, trata de ayudarlo, de comprender su proyecto de una crónica, luego su tarea es contenerlo, pero infructuosamente, él ya ha elegido un camino producto de sus ansias y obsesiones y sus decisiones la desbordan. La otra es Imelda, que se prostituye y actúa impulsada por la venganza. En ellas el mundo narco también ejerce su proceso aniquilador, ambas resultan victimadas.

El autor escribe con conocimiento de causa. Reside en Cali, que es uno de los centros neurálgicos, junto a Medellín, de las actividades de los otrora grandes cárteles, ahora fragmentados en carteles con nuevos nombres, pero que mantienen incólume el negocio. Conoce de cerca el dolor de la muerte, la desolación, el desplazamiento de sus coterráneos y desde su experiencia la palabra fluye con una elaboración rigurosa para trazar la historia y la conciencia de sus protagonistas.

Para terminar un detalle revelador de la significación, complejidad y lo vasto del narcotráfico. El autor incorpora un término que no se había usado en el lenguaje de las novelas más destacadas, me refiero a *narcoparamilitares*. En consecuencia, aunque el presidente Uribe lo niegue, Colombia vive lo que Mary Kaldor llama “nueva guerra”.

El mérito de la novela reside en colocar en el centro de la discusión y reflexión las connotaciones del fenómeno, a través de una ficción más elaborada, con preocupación por la interioridad de los personajes, que contribuye a proporcionar el fundamento de las acciones que acometen. Además, si uno de los propósitos del texto es plantear la violencia a partir de la degradación de sus diversos actores y por extensión traspasable a toda la sociedad, entonces ha logrado acertar y provocar una mirada crítica hacia el pasado reciente, tan necesaria para enmendar el rumbo de Colombia. En ese sentido *El cronista* y *el espejo* se transforma en una lectura ineludible.